

Cuba: indigencia y raza

Gloria Llopis Prendes
Psicólogo-pedagoga
Batabanó, Mayabeque, Cuba

Antes de 1959, cuando los eufemismos no tenían carta social en el lenguaje común, se les denominaba indigentes, pordioseros, vagabundos o mendigos propiamente dicho a quienes vivían en las calles día y noche rapiñando en cualquier lugar que propiciara alimento, ropa, calzado y techo para ellos o para su familia. Era una época de definiciones claras, en la que nadie tomaba la indigencia como negocio. Era el claro resultado de la diferenciación social, de políticas fallidas del Estado para atender a los desclasados, y de poca sensibilidad social para quienes no tenían suerte de encontrar un nicho seguro en la vida. Ni qué decir que la mayoría era de raza negra.

Esos indigentes dormían en cualquier lugar donde les cogiera la noche, pero también había limosneros, que se dedicaban a mendigar para ellos y sus familias. Estos clasificaban también dentro de la indigencia. 1959 pareció un vuelco. El nuevo gobierno logró gran impacto social. Quedaban abolidos el hambre, la miseria y el desempleo; se proclamó la igualdad social, donde todos y cada uno de los ciudadanos tendrían los mismos derechos y deberes. La indigencia pasa a la historia como realidad social.

Las iniciativas sociales se encaminaban en la dirección apropiada. Desaparece el concepto de asilo, que es sustituido por Hogar de Ancianos. Se eliminan los círculos sociales para burgueses y se crean los círculos sociales de los trabajadores y otras instituciones. Desde luego que continuaban los indigentes, pero el

gobierno se encargaba de divulgar, a través de los medios de difusión masiva, que estábamos frente a rezagos del pasado que la revolución iría eliminando.

En la década del 70 se agudiza la pobreza que regenera la indigencia, aunque invisible dentro del mito de la revolución y su lucha con el pasado. La ayuda que recibe el gobierno cubano de la Unión Soviética garantiza cierta evolución que, potenciada por las políticas de salud, ayudan a aumentar la expectativa de vida y el envejecimiento de la población. La indigencia sigue, pero en menor cuantía. Es percibida como hecho del pasado y no genera sustantivo actualizado.

La década del 90 empieza a destacar las diferencias sociales. El derrumbe de quienes subsidian se logró desvirtuar llamando *Periodo Especial en Tiempo de Paz* a la crisis, a la vez que se enmascaraba la indigencia, una de las primeras cosas que resurgieron. Gente recogiendo cualquier desecho para alimentarse o vender o sustituir en sus casas se veían ya con mucha claridad. Entre las primeras manifestaciones de desigualdad racial aflora precisamente la presencia pública de muchas personas de raza negra, fundamentalmente mujeres, en la indigencia. El impacto de la crisis fue abrumador. Las familias de bajos ingresos sintieron literalmente hambre. Digamos que empezaba un hambre étnica, que se extiende hasta hoy día y afecta sobre todo a los barrios marginales en donde habitan mayormente personas de raza negra, ancianos y mujeres solteras.



Al agudizarse las diferencias de clase, se instalan y estructuran dentro de la sociedad. Y se reinstala la indigencia. Quienes no tienen acceso directo a los recursos del Estado, comienzan a pulular alrededor de las fuentes legales o ilegales, que proporcionan sostén al margen del trabajo. La pobreza se degrada: la indigencia es eso: una degradación estructural de la pobreza, que desciende velozmente hacia la miseria para rebasarla y colocar a los individuos en status de marginalidad absoluta con respecto de la sociedad.

La indigencia comienza a habitar alrededor de las nuevas clases medias y altas que van surgiendo en las principales ciudades, como fenómeno urbano que da nuevo color al paisaje social y racial. Ya lo negro no es únicamente el adjetivo de los prejuicios culturales, sino que marca una nueva identidad en escala social desde la indigencia, pasando por la miseria y la pobreza, hasta la clase media, los ricos y los superricos. La estratificación de la sociedad va aclarándose con el ascenso en la riqueza.

De esta época data el nuevo sustantivo para los indigentes: buzos. Designa la conciencia de un fenómeno que viene del pasado

y se hace presente con fuerza. Es curioso que el buzo provenga de los latones y toneles que se colocan para colectar la basura. El buzo se ubica en medio porque ante todo tiene hambre. Otros nombres son leones o tanqueros. Hurtan lo que excrementa la opulencia para sobrevivir en los márgenes de la sociedad. Los buzos son marginales que abandonan su hábitat natural para incursionar en los centros donde hay algo que desear y se convierten en la crítica dolorosa de las nuevas y crudas divisiones sociales que agrietan la sociedad cubana.

Estos marginales tienen el descaro que produce la extrema necesidad de romper la higiene en la ciudad y son dos sujetos sociales desechados: los negros y los ancianos, fundamentalmente negros. No solo consumen desechos. También los producen y se conectan en la nueva economía de servicios. Son realmente gente productiva en dos sentidos: ayudan a la higiene social, porque recogen los desechos que una cultura urbana desurbanizada arroja en cualquier calle o esquina, y agilizan la cadena del reciclaje de materias primas dentro del nuevo concepto de industria ecológica.

Como en el siglo XVIII, los negros y los ancianos realizan labores necesarias que los criollos de las familias de bien consideran bajos y denigrantes. Así fundan verdaderos mercados de la basura, que permiten sobrevivir con mayor dignidad en el durísimo mercado laboral que desde principios de los 90 los desechó. Muchos de estos buzos tienen hoy entre 50 y 80 años: la gente más activa en la década de los 90 del siglo pasado. Y tan productivos son que el Estado ha decidido dos cosas cínicas: gravar con impuestos el trabajo ecológico, cuando debía desgravarlo, y sancionar cuando le conviene enviar un mensaje de higiene, salud y pulcritud: La indigencia es a la vez valor de mercado y figura delictiva.